

PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTACRUZ

Por Juan Antonio
Padrón Albornoz

REQUIEM POR UNA SONRISA



La calle Real, de Santa Cruz de la Palma, huérfana hoy de la presencia, siempre atenta y servicial, de don Guarino González Felipe.

Así tituló Luis Ortega, en el "Diario de Avisos", de Santa Cruz de la Palma, las líneas en que plasmó el dolorido sentir de la Isla—puedo añadir y asegurar que de las Islas todas—por la muerte de don Guarino González Felipe. Y así quiero titular éstas en las que, de manera apresurada, pretendo evocar al hombre que, con ocasión de aquella mi ya lejana y primera visita a su Isla, me acogió con abrazo de amigo y, a través de los años, siempre supo recibirme con la misma sincera amistad, el mismo sincero afecto que para todos, sin excepción, siempre tenía reservado.

La virtud era la alegría que aliviaba su corazón que, siempre generoso y comprensivo, estaba a todos ligado y de todo pendiente.

Por vez primera llegué a Santa Cruz de la Palma en 1953. Por vez primera entonces, firme y cálida, su mano selló con fuerte apretón una amistad que los años no debilitaron. Y sí fortalecieron.

Durante los meses que pasé en la capital palmera tuve ocasión de cultivar la amistad de don Guarino que, desde la cátedra de sus años y experiencia, supo guiar y aconsejar—siempre con acierto—mi entonces juventud.

Regresé a Tenerife y, hasta casi trece años más tarde, no tuve ocasión de volver a la Santa Cruz palmera que, tranquila y en paz, sesteaba y se extiende como un vuelo blanco de gaviotas a la vera del mar sereno.

Y allí estaba, como cuando años antes lo dejé, el mismo don Guarino que, cordial, con aquella su eterna sonrisa, quiso saber de mi vuelta y, sobre todo, de cuánto tiempo disponía para aquella mi nueva estancia. ¿Cuarenta y ocho horas solamente? ¡Imposible! Una semana era lo menos que podría estar para, con calma me decía, ver la transformación que había experimentado la Isla toda.

Y es que, todos lo sabemos, La Palma fue su obsesión.

Pero los imperativos de la información que allí me habían llevado no permitían dilatar, de modo alguno, el regreso y, por tanto, todo tenía que hacerse sobre la marcha.

Había ido a Santa Cruz de la Palma en busca de noticias e información gráfica sobre la dilatada estancia que, desde 1914 a 1920, allí efectuó la "Pamir" alemana.

Se cumplía entonces el décimo aniversario del naufragio del hermoso velero—huésped en dos ocasiones del puerto tinerfeño—y, por tanto, era la capital palmera, lo es aún, la máxima depositaria de sus recuerdos y sus nostalgias.

Cuando esto conté a don Guarino—¿lo recuerdas amigo Pepe?—movilizó y se movilizó a tal punto que, dos horas más tarde, teníamos el suficiente material gráfico e informativo para el reportaje que, en estas mismas páginas, se publicó días más tarde.

El editorial del "Diario de Avisos" dice que, ahora, a la llegada a Santa Cruz de la Palma, la primera ausencia que nos marcará el tiempo que pasa será la falta de la figura, seca, nervuda y acogedora, que nos daba la bienvenida como si hubiera estado esperándonos.

Efectivamente. Así era y así será.

Don Guarino daba la impresión de que siempre estaba a la espera de un amigo que, sin precisar fecha, algún día llegaría inesperada y sorprendentemente.

Pero a él nada ni nadie le sorprendía, pues, día tras día, llegaban por las carreteras de la Isla o por los caminos sin linderos de la mar y el aire, personas que estaban a él ligadas por viejas amistades o personas que, pronto, lo estarían ante la solícita amabilidad del hombre que—dando todo de lado—se ponía incondicionalmente a su servicio. Y, mientras hubiese un problema por resolver, don Guarino era mientrísimo acompañante con aquel su afán de servicio y amistad franca, abierta y cordial.

Volví a la Isla.

Y allí estaba don Guarino que, árbol viejo, anidaba un corazón de canto adulescente.

Los muertos adulescentes y las sombras pasan. Lleva quien deja y vive el que ha vivido. Y don Guarino lleva, puesto que dejó el ejemplo de su flor de alma que nunca se marchita.

Vive, vivirá siempre en el recuerdo de todos cuantos supieron—supimos—que el Tiempo rompe el hierro, roe, pule y muere. Pero ese mismo Tiempo, implacable e insaciable, nunca pudo romper la amistad, ni ahora el recuerdo, del hombre que fue el mejor de los buenos.

Dice el "Diario de Avisos": "Don Guarino fue el hombre atento siempre a los demás. El compañero consolador, que no se marchaba, de las horas negras y cortantes de la madru-

Effectivamente. Así era y así será.

Don Guarino daba la impresión de que siempre estaba a la espera de un amigo que, sin precisar fecha, algún día llegaría inesperada y sorprendentemente.

Pero a él nada ni nadie le sorprendía, pues, día tras día, llegaban por las carreteras da la Isla o por los caminos sin linderos de la mar y el aire, personas que estaban a él ligadas por viejas amistades o personas que, pronto, lo estarían ante la solícita amabilidad del hombre que—dando todo de lado—se ponía incondicionalmente a su servicio. Y, mientras hubiese un problema por resolver, don Guarino era solícito acompañante con aquel su afán de servicio y amistad franca, abierta y cordial.

Volví a la Isla.

Y allí estaba don Guarino que, árbol viejo, anidaba un corazón de canto adolescente.

Los muertos mueren y las sombras pasan. Lleva quien deja y vive el que ha vivido. Y don Guarino lleva, puesto que dejó el ejemplo de su flor de alma que nunca se marchita.

Vive, vivirá siempre en el recuerdo de todos cuantos supieron—supimos—que el Tiempo rompe el hierro, roe, pule y muerde. Pero ese mismo Tiempo, implacable e insaciable, nunca pudo romper la amistad, ni ahora el recuerdo, del hombre que fue el mejor de los buenos.

Dice el "Diario de Avisos": "Don Guarino fue el hombre atento siempre a los demás. El compañero consolador, que no se marchaba, de las horas negras y cortantes de la madrugada. La voz que llenaba de confianza la casa donde entraba la enfermedad. El que siempre nos daba la razón, porque también él, en aquel momento, creía que la teníamos".

Añade el colega que, con el fallecimiento de don Guarino, se entierra una parte insustituible de La Palma, al hombre que pertenecía a la propia familia, al que podía pasar a todas las casas sin necesidad de llamar a la puerta. En una palabra: al hombre que nunca pidió un favor para sí mismo.

Luis Ortega lo define como un palmero con afán insaciable de servicio.

Pero este afán de servicio tenía para él, sin duda alguna—aunque nunca lo dejaba trasparentar—un mucho de sacrificio cuando, con el lento pero seguro paso, los años lo fueron cercando.

Nunca decayó su espíritu. Nunca dio un paso atrás en su trazada senda del bien hacer. Hasta el fin de sus días fue el sembrador que, seguro, fue echando la semilla del buen ejemplo en los surcos de la tierra.

A todos nos ha calado hondo, muy hondo, la desaparición del amigo que, allá en Santa Cruz de la Palma, profesaba la hoy difícil actividad de la hidalguía. Nunca persiguió la gloria ni siquiera el dejar en la memoria de los hombres su quehacer. Pero, con justicia, plena y merecida justicia, hoy sabemos rendir el sencillo y humilde homenaje al hombre bueno, servicial, que siempre nos acogió—a todos—nervudo y señor.

Hoy exprimimos la penumbra de un recuerdo en nuestro vaso, la penumbra del recuerdo de un hombre que conmigo irá mientras proyecte sombra mi cuerpo, pues no en vano dejó en la tierra el trazo profundo, indeleble, de su bien hacer y buen aconsejar.

Virtud es fortaleza. Ser bueno es ser valiente. Y don Guarino supo serlo a todo lo largo de su vida, de esta su vida que acabó y nos dejó, impreso profundamente, el sencillo ejemplo de su amistad.